

instituciones piadosas, niuguna produjo frutos de salud mas abundantes, ó por lo menos mas durables, que la del Cister desde el tiempo de San Bernardo de quien tomó el nombre (1). Sin embargo, á los quince años de su establecimiento estaba reducida al pequeño número de aquellos primeros celosos varones con que empezó. Los que veían un modo de vivir tan extraordinario, y aun los que oían hablar de él, la miraban como una empresa superior á las fuerzas humanas en que el fervor mismo de sus fundadores no dejaria de desfallecer. San Roberto, primer abad de Molemo en la diócesis de Langres, no habia preferido á este establecimiento ventajoso los pantanos incultos del Cister, de donde fue instituido abad por el obispo de Chalons, sino para hacer florecer aquí sin niuguna alteracion la regla de San Benito y toda la perfeccion de los primeros cenobitas; pero llamado de nuevo á Molemo por aquellos mismos monges que le habian reducido á abandonarlos por no querer admitir la reforma, y obligado á volver por el Sumo Pontífice, dejó en el Cister veinte religiosos que habian hecho voto de estabilidad, y que eligieron por abad al bienaventurado Alberico.

El espíritu de Roberto se quedó entre ellos, á pesar de su ausencia, y así proscribieron todas las relajaciones que el regalo ó la vanidad habian substituido á los puntos de la regla. Las pellicas, las capillas, las cogullas y toda superfluidad en los vestidos; las telas finas en las camas y en las demás ropas,

(1) *Exor. l. Cist. cap. 10. et seq.*

el guisado de los manjares hecho con manteca, se contemplaron prácticas contrarias á la regla antigua, y aun se desterró del culto divino todo lo que tenia visos de opulencia, como los vasos magníficos de oro ó de plata, la seda y los bordados. Considerando tambien que en la antigua distribucion de los bienes eclesiásticos en cuatro partes, no habian sido comprendidos los monges que podian vivir con su trabajo cultivando algunas tierras y manteniendo en ellas baños, no quisieron recibir diezmos, ni altares dotados, ni aldeas, ni siervos, ni molinos feudales, esceptuando solo las tierras lejanas de la habitacion de los hombres para poner en aquella especie de cortijos ó granjas hermanos conversos, y no monges, los cuales no debian respirar sino el aire del claustro; de donde se infiere, que estos hermanos no eran propriamente monges; y así llevaban la barba larga, como señal de no ser destinados á la clericatura, de lo cual les vino el nombre de hermanos barbones. La separacion del mundo y de la disipacion fue en el Cister, del mismo modo que entre los primeros discípulos de San Benito, el artículo mas esencial, de modo que se resolvió no fundar monasterios sino lejos de las ciudades y de las aldeas, no tener en cada casa mas que doce monges con el abad, y no permitir que las mugeres pusiesen los pies en sus iglesias. No obstante, se hizo una variedad en una de las prácticas de San Benito que fue la de llevar hábito blanco, pero se hizo por mandato de la Madre de Dios, segun es tradicion en la órden, y como sím-

bolo de un ofrecimiento especial á esta Reina de las Vírgenes. Las murmuraciones que por tan pequeña causa se escitaron entre los demás monges, dieron á la austeridad del nuevo instituto un aspecto aun mas desagradable en la estimacion general.

34. Para triunfar de esta equivocada opinion, era necesario un hombre dotado de aquel ascendiente de ingenio, á cuyo imperio todos los demás hombres se sometían de un modo como irresistible. En tanto que en el Cister lloraban delante de Dios por causa del corto número de sus hijos, pidiéndole una santa fecundidad, la Providencia preparaba á esta casa en el jóven Bernardo, nacido cerca de Dijón en el barrio de Fontaine, aquel niño extraordinario que debía ser padre de tantos monges. Era hijo de Tescelino, señor del lugar, y de Aletha, de la casa de Montbar, uno y otro tan distinguidos por sus virtudes como por su clase y familia, que era de las mas ilustres de la Borgoña. Aletha en especial miraba con una fe tan viva todas las obligaciones de una madre cristiana, que habiéndola dado el cielo siete hijos, seis de ellos varones, quiso criarlos por sí misma temiendo que tomasen con una leche estraña algunas semillas de corrupcion capaces de infestar el tierno depósito que la confiaba el Criador. Advertida por un hombre piadoso que pareció tener espíritu de profecía, de que Bernardo, el tercero de sus hijos, estaba destinado á servir con mucha utilidad á la Iglesia, puso un cuidado muy particular en su educacion, y sin perder tiempo alguno le dió estudios, en los que no

tardó en anunciar toda la estension y claridad de sus talentos. Sus costumbres y modales le hacían todavía mas apreciable. Tenía estremado horror á los placeres peligrosos de su edad, daba á los pobres todo el dinero que podía haber, amaba el retiro y la oracion, hablaba poco y reflexionaba mucho, sin que su reserva tuviese nada de incivil, pues al contrario, se manifestaba en todas las ocasiones forzosas dulce, cortés, afable y modesto en sumo grado. Su madre veía con el mayor gusto aumentarse tantas felices disposiciones en el corazón de este niño precioso, cuando la muerte la arrebató, dejándole de cerca de catorce años de edad.

Poco despues entró en el mundo que no podía dejar de alhagarle y poner á su inocencia lazos tanto mas peligrosos, quanto á las buenas cualidades del alma unia los atractivos de la buena figura (1). Una dama en cuya casa se alojó un dia, le cobró una passion tan viva, que ella misma le puso llanos todos los estorbos del crimen; pero no hizo mas que escitar su execracion, pues Bernardo dió tan grande grito de sobresalto como si se hubiese encontrado con un ladron dispuesto á robarle el tesoro mas precioso de su vida. Hacia tanto aprecio de esta virtud angelica, que habiendo otro dia mirado con demasiada atencion á una muger, fue inmediatamente á meterse en un estanque helado, donde permaneció hasta que hubo estinguido la última chispa de la llama encendida por su imprudencia; y conociendo que su corazón

(1) *Guill. Vit. S. Bernard. lib. 1. cap. 2. et 3.*

era naturalmente afectuoso , hizo desde entonces un pacto irrevocable con sus ojos de no mirar de frente á ninguna muger.

Los escollos de que veía lleno el mundo , le inspiraron el designio de ocultarse de él , y no encontró asilo mas seguro que el Cister. La regularidad y la austeridad de aquella nueva observancia que eran para todos una causa de desvío , fueron para él un atractivo irresistible. Habiendo tomado decididamente , aunque en secreto , la resolucion de abrazarla , sus hermanos y los amigos que lo llegaron á entender , no omitieron cosa alguna para desviarle de este pensamiento , y consiguieron por el pronto trastornarle ; pero el recuerdo de su santa madre reanimó su flaqueza : se la representaba como indignada de su vileza , y reconviniéndole con los cuidados de una educacion que no habia tenido otro objeto que el servicio del Señor ; y lleno de esta idea entró en una iglesia y se puso á orar deshecho en lágrimas. En algunos momentos se sintió de tal modo fortificado en su primer designio , que trabajó inmediatamente en inspirarle á los demás , empezando por las personas que se habian manifestado mas opuestas á él.

La elocuencia patética y persuasiva que le era natural , con la uncion de gracia que destilaba de sus labios , triunfó muy pronto de los mayores obstáculos. Todos sus hermanos , á escepcion del mas jóven que dejó para consuelo de su padre en su vejez , y aun su tio Gualderico de Tuillon , señor poderoso y no menos celebrado por su madurez en la conducta

que por su valor , fueron casi tan pronto vencidos como convidados. Las riquezas y las grandezas fantásticas del siglo , la quimera mas faláz todavía de los temores y de las esperanzas humanas , fue hollada valerosamente ; y no sirvieron de obstáculo los lazos mas tiernos á que algunos se hallaban sujetos. La afligida esposa del hermano mayor convirtió bien pronto su desconsuelo y sus lágrimas en emulacion , y se consagró tambien al Señor. Además de sus parientes , ganó Bernardo multitud de amigos ilustrés , entre los cuales , Hugo , de la casa de Macon , fue el que desde luego dió mas egercicio á su celo , y en lo sucesivo manifestó mas ánimo en la perseverancia de su vocacion : hizo este tan rápidos progresos en la carrera de todas las virtudes , que fue instituido primer abad de Pontigni , de donde mereció ser elevado á la silla episcopal de Auxerre. En fin , las conquistas religiosas de Bernardo fueron tan brillantes y en tan grande número , que las madres ocultaban á sus hijos por temor de que le siguiesen , y las mugeres impedian á sus maridos que le hablasen ; y de este modo reunió aun antes de entrar en el Cister mas de treinta prosélitos , la mayor parte de ilustre nacimiento.

Como muchos de ellos tenian negocios que terminar antes de dejar el mundo , su prudente gefe , temiendo que se resfriase su fervor , les persuadió á vivir entretanto juntos en Chatillon del Sena , en una misma casa , que fue como el primer noviciado bajo el hábito secular. Despues de pasados seis meses de

este modo, rotos ya todos los lazos, y llegado el momento de consumir su sacrificio, marcharon todos juntos al Cister. Antes de esto pasaron los cinco hermanos á la casa paterna á pedir la bendicion de su padre, y Gui, el mayor de la familia, viendo al salir al mas jóven llamado Nivard jugando en la calle con otros niños de su tiempo: „hermanito mio, le dijo, tú quedas único heredero, porque nosotros te dejamos todos nuestros bienes. Bien sabeis lo que haceis, respondió el niño; los bienes del cielo para vosotros, y los de la tierra para mí: ¡buena igualdad por cierto en la particion!“ Nivard quedó no obstante con su padre hasta que estuvo en edad de consagrarse al Señor; pero entonces ni parientes ni amigos pudieron impedirle que fuese á reunirse con sus hermanos. Tescelino su padre, y Humbelina su hermana, abrazaron tambien en lo sucesivo el estado monástico.

El bienaventurado Alberico, abad del Cister, habia muerto ya hacia cuatro años, y habiéndole sobrevivido poco tiempo San Roberto en el gobierno de Molemo, que le habian obligado á tomar de nuevo, Estévan, sucesor de Alberico, se hallaba abandonado á sus propios consejos en la escaséz de individuos que continuaba sufriendo el nuevo instituto, cuando Bernardo á la frente de su numerosa y floreciente recluta, llegó en el año de 1113 á los veintidos de su edad, á pedirle la gracia de hacer bajo su mando la guerra á los vicios y á las vanidades del mundo; y fue recibido como un ángel del cielo, enviado para la prosperidad de aquel establecimiento.

El aprendiz de la vida religiosa fue bien pronto el modelo de todos; pero aunque fueron grandes sus progresos en los primeros pasos, jamás aflojó en su marcha. Si el peso de una carne corruptible cargaba alguna vez al espíritu, para hacer á este recobrar su fuerza, le bastaba traer á la memoria los motivos de su retiro por medio de estas pocas palabras: *¿Bernardo, á qué has venido aquí?* Nada le era gravoso á escepcion del cuidado que se le hacia tomar de su cuerpo; y en especial la mesa le parecia el mas penoso de todos los egercicios. La guarda de los sentidos, los ojos en particular, era tal en él, que al cabo de un año de noviciado ignoraba si el cuarto donde le habia tenido estaba embovedado ó á cielo raso, ó si era un simple techo de tablas. Ni la delicadeza de su complexion, ni las grandes incomodidades causadas por la abstinencia le hicieron jamás aflojar en la observancia regular; y si alguna vez sus fuerzas no le permitian entregarse á los trabajos mas pesados, compensaba con la humildad el mérito de la mortificacion, reservando para sí los egercicios mas viles y despreciables. Sus devotas conversaciones, y aun mas sus egemplos, inspiraron el mismo espíritu á todos sus compañeros.

34. El Cister tan largo tiempo estéril, debia sin duda adquirir una dichosa fecundidad por frutos de tanta edificacion. En menos de tres años se hizo madre de cuatro hijas, que lo fueron despues de otras muchas. En el mismo año del retiro de San Bernardo, para dar asilo á los pretendientes que seguian en

tropel sus huellas, fue establecida la abadía de la Ferté en la diócesi de Chalons del Saona, por las liberalidades de dos señores del pais, llamados Goderico y Guillelmo. Hildeberto, canónigo de Auxerre, fundó en el año siguiente otra abadía llamada de Pontigni, en una tierra de este nombre que le pertenecía en Champaña junto á los confines de la Borgoña; y en fin al tercer año de la feliz llegada de Bernardo se vió fundar en Langres casi á un mismo tiempo las dos abadías de Claraval y de Morimón.

35. La tierra dada por Hugo, conde de Champaña, para edificar en ella la abadía de Claraval, se llamaba antes el valle de Asinto, y tomó el nombre de valle illustre; pero este esplendor fue todo evangélico, porque en los principios no tuvo el brillo arrogante del siglo, ni el regalo de los sentidos. Bernardo, que no tenía mas que veinticuatro años de edad y uno de profesion, fue elegido primer abad, y bajo un gefe jóven que habia concebido tanto horror al mundo, y que respiraba todavía todo el heroismo de su primer sacrificio, los edificios, vestidos, la mesa, todo tomó el gusto y semblante de la pobreza y de la abnegacion. Él mismo estaba tan pobremente vestido, y además tan desfigurado por las austeridades, que habiendo ido á Chalons á recibir la bendicion abacial del obispo de aquella silla por estar enfermo el de Langres, todos le estaban viendo y preguntaban dónde estaba el abad.

De Claraval, que era al principio pobre en estremo, hizo una perfecta imágen de la Tebaida; los

nuevos solitarios se mantenian con pan mezclado de cebada, algarroba y mijo, y comunmente se veían reducidos á cocer hojas de haya para hacer su potage. Un monge estrangero que pasó por allí, fue conmovido hasta derramar lágrimas, y se llevó un pedazo de su pan para manifestarle á todo el mundo, y comunicar así á los mas indiferentes la admiracion que le habia causado el espectáculo de una austeridad tan extraordinaria en sugetos de un mérito tan singular. Tenian repartido todo el dia entre la oracion y el trabajo de manos, el que desempeñaban con el mas profundo silencio; y cuando la calma de la noche habia sucedido por todas partes al ruido y al tumulto, entonces era cuando ellos hacian resonar con mas aparato los lamentos de su compuncion y las alabanzas divinas. La mayor parte de la noche se pasaba en este egercicio angélico, y no concedian algunas horas al sueño, sino llorando por la miseria humana que los precisaba á tan penosa condescendencia. El santo abad especialmente casi no tomaba reposo alguno, mirando como un tiempo perdido todo aquel que se veía precisado á conceder al sueño, y de este modo pudo proporcionarse tiempo para adquirir aquella profunda doctrina, aquella elocuencia imperiosa, y aquella hermosura de diction que en un tiempo todavía bárbaro le igualaron á los doctores de la edad mas floreciente. En todos los momentos que tenia libres, estaba continuamente aplicado á orar, ó á leer y meditar; pero aunque leyese con humildad los escritos de los padres y de los